



## UNA RELACIÓN DE LA ENTRADA DE ISABEL DE VALOIS EN TIERRAS ESPAÑOLAS EN LA COLECCIÓN GRANVELA

Con motivo de su casamiento con Felipe II, Isabel de Valois (1546-1568) fue recibida en enero de 1560 en Roncesvalles por el cardenal de Burgos, Francisco de Mendoza y Bobadilla, y por el Duque del Infantado, Íñigo López de Mendoza. En la exhaustiva obra de don Agustín González de Amezúa sobre la reina [Madrid, 1949, 5 vols.] no aparece citado el documento que a continuación editamos cuando se indican otras relaciones de la llegada (I, 92-93 en notas al pie), ni es reproducido entre los varios apéndices de los volúmenes cuarto y quinto. La presente relación, rica en detalles protocolarios, completa así el bello friso descriptivo que hace González de Amezúa de la recepción que hicieron el Duque y el Cardenal de la persona de la reina (I, 73-114). Es anónima, puesta en limpio con buena grafía y se halla en el manuscrito II/2299, fols. 94r-v. En dicho volumen facticio, que comprende documentos de los años 1557 a 1563, se hallan asimismo cartas en francés relativas a Isabel de Valois.

### RELACIÓN DE LA ENTRADA DE LA REYNA NUESTRA SEÑORA

Su Majestad llegó a Roncesvalles a los tres del presente mes de henero y a los quatro hizo tan mal día de ventisca y nieve que no uvo poder salir de allí aquel día, aunque en él embió al Cardenal de Burgos, a don Pedro de Mendoza y a don Hernando, sus hermanos, con buena compañía de cavalleros, a visitar a Su Majestad. El Cardenal estava aposentado en un lugar que se llama Espinar y el Duque del Ynfantazgo en otro que se dize Carral, lexos de Rocesvalles legua y media o dos leguas azia Pamplona, por dexar que en el Burguete, que [e]stá media legua de dicho monesterio, se aposentassen los [r]iados de la reyna, la qual embió a dezir al Cardenal y al Duque, a los cinco del dicho, que aquel día quería partir de allí, y que la entrega se hiziesse en Roncesvalles en una sala grande que hay allí harto capaz para ello. Y así fueron luego el dicho Cardenal y el Duque a donde Su Majestad estava, y el Cardenal de Borbón, hermano de Monseñor de Vendoma, los salió a recibir hasta la puerta del monasterio, donde ellos se apearon. Y después de las cortesías tomaron en medio del Cardenal de Borbón y el Duque del Ynfantazgo al Cardenal de Burgos, y así entraron hasta un aposiento baxo, donde dixo el Cardenal de Borbón al de Burgos y al Duque que él y su hermano el rey de Navarra habían venido allí con la reyna de [E]spaña doña Ysabel para entregalla al Rey Cathólico o a quien él mandasse, y que si ellos tenían bastante poder que se lo mostrassen y que se la entregaría. El Cardenal de Burgos respondió que para aquello habían venido allí el Duque y él, y mostraron el poder bastante, y dieron traslado auténtico y firmado de sus nombres. Lo dexaron al dicho Monseñor de Vendoma y su hermano y, hecho esto, todos tres con los que los acompañavan subieron arriba a una sala donde la reyna estava, y con Su Majestad Monseñor de Vendoma, el qual no los salió a rreceptar con su hermano el Cardenal porque pensava preceder al de Burgos, y siendo avisado dello por Lope de Guzmán, el dicho Cardenal embió al cerimonial a Monseñor de Lansac, para que viesse y diesse a entender a Monseñor de Vendoma que su lugar era el primero después del más antiguo Cardenal, y por no se satisfazer desto ny venir en diferencias se quedó con la reyna según está dicho. Besaron la mano a Su Majestad todos los cavalleros del acompañamiento del Cardenal y del Duque, y quando él fue a hazerlo la reyna se levantó y se detuvo un poco antes que se la diesse, y al Cardenal nunca se la quiso dar ahunque él lo porfió harto. Díxole el Cardenal que Su Majestad fuesse muy en hora buena venida a estos sus reynos, los quales le aguardavan con mucho desseo de conocerla por su reyna y señora, y que él, en nombre dellos, dava muchas gracias a Dios por havérsela dado, y que particularmente las dava él y el Duque por ser de los primeros vassallos que besassen sus reales manos y la acompañassen y sirviessen en esta jornada. Su Majestad respondió con mucha gracia que ella era muy contenta de haver venido con ellos, y que tenía mucha obligación al rey su señor por haver embiado tales personas como las dellos a recibirla y acompañarla. Y dicho esto, añadió que quando ella se despidió de su madre, que le mandó que se despidiesse del rey de Navarra y del Cardenal de Borbón su hermano, que eran sus tíos, a la francesa y que por le obedecer lo hazía así. Y luego fue para Monseñor de Vendoma, el qual, quitada la gorra, se puso de rodillas y la reyna besó, y después al Cardenal lo mismo, y se le umilló, ahunque no de rodillas, y despedida dellos, la tomaron el Duque y el Cardenal de Burgos, que la llevaba de la mano yendo al lado derecho. La llevaron a la litera y al subir ayudó a tomar las tablas el Duque del Ynfantazgo.

Fueron aquel día a Espinar, donde llegó Su Majestad media hora con sol, y allí fue proveyda y servida lo mejor que [se] pudo. El Cardenal y el príncipe de Laroche Surion [La Roche-sur-Yon] y todos los cavalleros franceses cenaron con

el Cardenal en una mesa, y en otras siete u ocho, los otros criados de la reyna, y con ellos, algunos de los cavalleros que yvan en su acompañamiento. Uvo bien que cenar y buenos vinos y muy buen entretenimiento de música y menestres, y de conversación a la española y a la francesa, y parece que quedaron todos muy contentos los unos de los otros. El Cardenal de Burgos embió cada dos cavallos a Monseñor de Vendoma y al Cardenal, que eran muy buenos de obra, de color y de cuerpo, y a dezilles que por estar en aquella esterilidad y con tiempo tan breve y no les poder servir en otra cosa, le embiava aquellos cavallos, que era de la mejor fruta que nació en España, en señal del desseo y voluntad que tenía de servirles. Sus Señorías estimaron en mucho el presente y dieron dos muy buenas cadenas a los que los llevaron, y el Cardenal de Borbón embió al de Burgos dos acaneas, y el de Burgos le bolvió a embiar una caxa con muchos guantes y pañizuelos y otras labores delicadas para que partiese con la reyna de Navarra, su cuñada, y dio al que traxo las acaneas otra tan buena cadena como las que ellos dieron a los que llevaron los cavallos.

NUEVO INGRESO EN LA REAL BIBLIOTECA:  
*DE LA HISTORIA DE ESPAÑA DESDE 1697 EN ADELANTE*

En 2006 la Real Biblioteca ha adquirido para sus fondos una obra manuscrita de relevancia para el mejor conocimiento de los últimos años del reinado de Carlos II. Se trata de *De la Historia de España desde 1697 en adelante*, una obra en cinco volúmenes en cuarto (21 cm), con texto puesto en limpio, que recoge en cincuenta y un capítulos —más de dos mil páginas— años azarosos en el seno de la Corona hispana. Se abordan con gran detalle aspectos políticos, institucionales, de gobierno y diplomáticos, especialmente para la política continental y la grave cuestión de la sucesión del último Austria madrileño.

Luce en todos los volúmenes un ex libris manuscrito del marqués de Valdeolmos, a modo de portadilla, donde se indica que se deje donde está y no se lleve, y al pie consta lugar y data: «Madrid, catorce de julio de 1759», fecha de la copia. Del contenido se deduce que el autor vivió los acontecimientos o se sirve de documentos coetáneos —con mucha frecuencia cartas— por su precisión y alusión a cuestiones incluso personales, como el estado de salud con que se levantó el rey un día concreto. La letra del ex libris manuscrito es idéntica a la del texto, que trata de acontecimientos hasta el año de 1702, y la grafía es clara. El manuscrito 5707 de la Biblioteca Nacional de Madrid también perteneció a Valdeolmos y ostenta el mismo ex libris de mano. Este ejemplar recoge hechos del reinado de Carlos II desde 1695, asimismo vinculados en su mayoría con la sucesión. Se fecha a 6 de agosto de 1734 y es traducción firmada «D.J.Y.F.» de la obra de De la Torre, *Memoires et negociations secretes de Ferdinand Bonaventure, Conte d'Harrach, ambassadeur plenipotentiaire de Sa Majesté Imperiale a la cour de Madrid, La Haye, 1720* —hay diversas ediciones posteriores—. Encuadernado en pergamino de época, lleva en la lomera el número «160», sin duda testimonio del orden topográfico en la biblioteca de Valdeolmos, lo que da idea de la riqueza de la misma, al menos en manuscritos.

El manuscrito de la Real Biblioteca no ignora las *Memoires* pues a veces reproduce alguna carta presente en las ediciones; cartas, con todo, que varían en contenido ya que la edición de 1735 llega hasta fines de 1698, la de 1749 hasta fin de 1701 y en cambio la de 1721-25 comprende hasta 1715, aunque una parte acaba en 1702, al igual que el manuscrito adquirido. Cabe indicar que de la primera edición de las *Memoires* hay ejemplar en la Real Biblioteca [VII/180-181], cuyo texto en dos volúmenes, como decimos, no contiene la totalidad de las mismas. Da la sensación de que, al menos en algunas partes, parece seguirse libremente el texto impreso indicado, aunque el grueso de la obra es cosecha propia. Se trata, pues, de una nueva composición textual. Existen otros manuscritos que recogen vicisitudes diplomáticas y de política de Estado de esos años tan intensos para la Monarquía hispana —en la Biblioteca Nacional, por ejemplo—, pero la copia presente es excepcional por su extensión y lo noticiosa que resulta en lo que se refiera a las distintas cortes europeas y sus reacciones ante los acontecimientos.

Los cinco volúmenes pertenecieron al marqués de Valdeolmos, don Félix de Salabert y Aguerri, persona de protagonismo social en el Madrid de la primera mitad del XVIII, sobre todo en las décadas centrales. El linaje Salabert, aragonés, había ido en ascenso en la segunda mitad del siglo XVII, reforzado al unirse a los Aguerri, potente familia navarra asentada en Aragón y de influencia en la corte de Madrid. Es el caso de José de Aguerri, que ejerció cargos municipales madrileños desde los años sesenta y que era un relevante asentista de la Corona, a la que adelantó serias cantidades para Flandes [Henry Kamen, *La España de Carlos II*, Barcelona, 1981, pág. 571 y 584]. A finales de los años ochenta, Carlos II otorgaba a la familia el título de marqueses de Valdeolmos, obteniendo esta casa en 1908 la Grandeza de España. El ascenso de fines del XVII e inicios del XVIII fue sobre todo económico, pues junto a los Goyeneche y otras dinastías navarras, llegaron a ser hombres de negocios destacados en la corte, y a representar la realidad pujante de los navarros en Madrid estudiada en su día por Julio Caro Baroja, [*La hora navarra del XVIII (Personas, familias e ideas)*, Pamplona, 1969, pág. 57], y más actualmente por Santiago Aquerreta, [*Negocios y finanzas en el siglo XVIII: la familia Goyeneche*, Pamplona, 2001, véanse para la casa de Valdeolmos págs. 63-67]. En concreto, los Salabert compartieron con los Goyeneche asientos y arrendamientos de rentas entre 1712 y 1729, en entente empresarial. Era, además, Valdeolmos marqués de la Torrecilla y de Peñatajada, y ostentaba diversidad de señoríos, lo que le permitió edificar un ambicioso palacio en el centro de Madrid levantado entre 1716 y 1731 por Pedro de Ribera. La portada fue lo único que se salvó en la Guerra Civil junto a parte del resto de la fachada, demolida al ampliarse el Ministerio de Hacienda en los años cuarenta. En el Archivo Histórico Nacional-Toledo hay fondos documentales de las casas de Valdeolmos y Torrecilla desde 1650 a 1816, que revelan diversos aspectos de la vida de don Félix, sobre todo económicos.

Valdeolmos era regidor perpetuo de Madrid, se ocupaba de sus negocios, llevados en el día a día por otros Aguerri, como Cristóbal, administrador de la firma financiera, y se movía con agilidad en los escenarios de poder político. Las letras no eran ajenas a la familia y había tradición en ellas. Un antepasado suyo destacó como jurista en Zaragoza en las primeras décadas del XVII, micer Domingo Agustín Salabert, que enseñó jurisprudencia en Lérida y fue lugarteniente de la corte del Justicia de Aragón. Redactó varios textos forenses, alguno de los cuales fue impreso por Juan de Lanaja. De este Salabert, y de otros notables ascendientes, trata el jesuita Luis Ignacio de Cevallos en su *Vida... de la V. Madre Sor María Ángela Astorch*, dedicado a nuestro don Félix en 1733, obra de la que también hay ejemplar en la Real Biblioteca [VII/2213], con larga dedicatoria al marqués tras el emblema heráldico de Valdeolmos, a plana entera.

El manuscrito adquirido presenta la singularidad de una encuadernación de época bien ejecutada en tafilete rojo con planos timpados con hierros sueltos, cantos dorados, lomerías cuajadas asimismo por hierros dorados, nervios y doble tejuelo verde. Todos los volúmenes conservan sus cierres de metal. Es, sin duda, un magnífico ejemplo de la labor ligadora del taller de Antonio de Sancha. Los planos presentan su característica orla de hierros florales de tres centímetros de anchura que alcanza casi siete en los ángulos. Sancha casó en 1745 con una hermana del impresor de Cámara Antonio Sanz y desde mediados de los cincuenta trabajó para la Real Casa, de modo constante desde 1760. En la Real Biblioteca se conservan muchas encuadernaciones idénticas a la presente. La orla utilizada delata evidente influjo francés —no olvidemos que Sancha había viajado fuera de España— si bien el uso de pequeños hierros de motivos florales también estaba muy extendido en Inglaterra. Por otra parte, los encuadernadores madrileños eran receptivos a estas tendencias estilísticas, sobre todo gracias a la repercusión del taller que Michel Copin tenía establecido en la capital.

La Real Biblioteca, a buen seguro la biblioteca histórica más relevante de las españolas por lo que respecta a fondos ligatorios del siglo XVIII, realiza esta adquisición en el contexto del proyecto de creación de la base de datos de encuadernaciones [<http://encuadernacion.realbiblioteca.es>]. La historia de la encuadernación no es solo la de la evolución de los estilos, ya que las cubiertas nos pueden hablar de posesiones, obvias en caso de super libros heráldicos, o cuando había bibliófilos que utilizaban siempre para sus ejemplares determinado color y piel, y específica labor sobre ella. Las cubiertas de un libro documentan también otros aspectos de la sociología de la circulación libraria. Por ello, la Real Biblioteca, en su condición de centro de investigación en historia del libro, desea otorgar dimensión propia al estudio de la encuadernación con este nuevo proyecto en curso.

*De la Historia de España...* se ha incorporado a la Real Biblioteca con signatura II/4588-4592.

LOTTE HELLINGA, *IMPRESORES, EDITORES, CORRECTORES Y CAJISTAS. SIGLO XV.*  
Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2006

Maria Cristina MISITI (Università della Tuscia. Viterbo)

No es nada sencillo ser uno de los mayores estudiosos del propio siglo y continuar investigando con el mismo tesón, empeño tal vez más difícil en el caso de una mujer. Pero para unos pocos elegidos, la del intelecto es una juventud eterna: Lotte Hellinga pertenece a esta estirpe. Ella es, indiscutiblemente, uno de los historiadores del libro más representativos de nuestro tiempo gracias a su capacidad genial de análisis, observación, síntesis y creatividad, virtudes capaces aún de sorprendernos en su madurez por la inagotable viveza de su inteligencia.

Una cultura enciclopédica, hecha antes de curiosidad que de doctrina, un método que se alimenta de las energías de la razón, un ejemplo de rigor y de honestidad intelectual —una cualidad, esta última, de la que estamos particularmente necesitados en un mundo como el de la comunicación cultural, en el que el éxito y la prevaricación parecen términos indisociables—, estos son los ingredientes que distinguen la actividad y la escritura de Lotte. Un reconocimiento nada desdeñable el que el Instituto de Historia del Libro y la Lectura ha querido ofrecer con esta publicación, un volumen que, espigando en la vasta red de los escritos de Lotte Hellinga, recupera algunos de especial calado y originalidad.

Bien es cierto que hoy parece estar en crisis no solo la memoria escrita en sus prácticas de registro, transmisión y difusión, sino las propias instituciones destinadas a su conservación material, en particular bibliotecas y archivos, tal como se desprende, entre otras cosas, de las miserables vicisitudes que rodean la actividad cotidiana de estas instituciones en no pocos países europeos. De manera que «reunir los fragmentos del pasado», según enseñaba en 1956 el gran arqueólogo Vere Gordon Childe, puede convertirse en una tarea cada vez más ardua, si no imposible. La de hoy parece una situación extrema, compartida con la preocupación de los hombres de ciencia por salvar y conservar aquellos textos reconocidos como fundacionales y depositarios de la memoria, salvaguardando su legado y su difusión entre los contemporáneos y las generaciones futuras mediante colecciones, *festchrifts*, crestomatías.

El punto fuerte de esta recopilación, que supone también la síntesis más completa de los estudios «bibliológicos» sobre incunables, radica en su incidencia sobre los aspectos materiales del libro. De ellos debe partirse si queremos comprender la compleja y variable fenomenología del objeto físico, tal como se presenta ante nuestros ojos de «arqueólogos» modernos, sin descuidar ningún indicio, ninguna marca, ninguna variación.

Ya es de conocimiento universal que el texto escrito está condicionado por las modificaciones de los sistemas y los soportes. Por

tanto, si es cierto lo que Malcolm B. Parkes, un paleógrafo inglés de aguda inteligencia, afirmaba de los manuscritos, «los cambios en los signos son el signo de los cambios», se trata de examinar con agudeza signos y cambios también en los libros impresos, con mayor razón si pertenecen a los orígenes de la imprenta.

A partir del análisis del objeto, testimonio de vicisitudes tipográficas y extratipográficas, se abre un horizonte tan amplio como sorprendente. Pero la propia materialidad conlleva el peligro de una frágil naturaleza, como nos advierte Armando Petrucci [2003]: «la memoria escrita que ha llegado hasta nosotros, tras un feroz (léase voluntario) o ciego, (es decir, involuntario), pero siempre continuo proceso de reducción y dispersión, todavía sigue sujeta a prácticas reductivas, de eliminación, de adecuación, debidas tanto a las debilidades de sus propios medios de registro y transmisión —materiales y, por tanto, degradables en mayor o menor grado—, como a las modificaciones siempre traumáticas de los modelos gráficos y físicos de esos mismos medios y de las prácticas de registro textual elegidas en cada ocasión».

Una buena antología logra erigir una arquitectura coordinada cuyo resultado es un conjunto orgánico en lo teórico y didácticamente eficaz. Con esta reseña se pretende destacar la validez del planteamiento y la selección de los textos traducidos. Veámoslo con más calma.

El contenido del libro parte de la premisa de aquel *continuum* constituido por el paso del manuscrito al impreso: es cierto, en efecto, que «en su estructura básica el libro impreso no difería del códice manuscrito» y, por tanto, en la historia de la transmisión escrita del patrimonio bibliográfico deben concurrir sinérgicamente todas las ciencias del libro (pág. 27). El aspecto que marca la diferencia es la simplificación formal del producto, que en los primeros cincuenta años conoció una evolución inimaginable. Adicionalmente se nos recuerda la importancia de los estudios sobre inventarios de bibliotecas y los listados *post mortem*, por no hablar de los rarísimos catálogos de venta de este periodo. Como también Edoardo Barbieri [2000, viii] ha tenido ocasión de observar en el caso del monasterio de S. Mattia de Murano, el primer siglo de la imprenta representa un nudo decisivo para la historia de la producción libraria, «aunque solo sea por la amplia convivencia entre libro manuscrito y libro impreso». Si el objetivo es «mirar los libros con los ojos de sus contemporáneos» es preciso derivar un método y depender a menudo de las deducciones y las hipótesis. Así, recurriendo al método nomenclatorio de las ciencias naturales, Bradshaw desarrolló el sistema aún vigente de la clasificación de los tipos. Con frecuencia Hellinga reconoce las ventajas de recurrir a la experiencia de las disciplinas científicas, particularmente útiles si han de afrontarse grandes cantidades de datos.

Ya es célebre la afirmación de McKenzie [1969, 75]: «The essential task of the bibliographer is to establish the facts of transmission for a particular text, and he will use all relevant evidence to determine the bibliographical truth». Así, las competencias de los bibliógrafos aplicados a los estudios literarios han ido discurriendo de la pureza del texto a su transmisión. «Le livre, ce ferment», como advertían Febvre y Martin, había cambiado dinámicamente la sociedad. Para nosotros, comprender el cambio significa estudiar con detalle esta nueva tecnología y penetrar en los mecanismos de desarrollo del nuevo comercio. Pero es preciso comprender cómo la imprenta había condicionado y cambiado los hábitos, la mentalidad, las comunicaciones y la estructura social.

En el origen del primer artículo, «El códice en el siglo xv. Manuscrito e imprenta», están las reflexiones sobre el circuito de la comunicación, tema de una serie de conferencias ofrecidas en 1987 en la William Andrews Clark Library de Los Ángeles y después reunidas en un célebre volumen de Nicolas Barker [1993, 63-88]. Aquellos ensayos partían como referencia del modelo de «circuito de la comunicación» que Robert Darnton ofrecía como posible esquema de referencia en el que integrar e interpretar la red de información que tenemos sobre el «destino de los libros». Se trataba de una estructura esquemática bien adaptable a las exigencias de la historia del libro del siglo XVIII, pero necesitada de reajustes para llegar a comprender los diversos procesos que tienen al libro como protagonista y las fuerzas externas que interactúan también en los primeros siglos de la imprenta. Como ha observado Barker, «desde el punto de vista de la historia del libro, la debilidad del esquema de Darnton reside en el hecho de que trata de personas más que de libros. Se centra en la historia de la comunicación. Atiende por encima de todo a la gente que participa en el proceso mediante el cual el libro se convierte en un medio de comunicación». Barker y Adams insisten en que es el texto el motor que explica el ciclo vital del libro, y que su transmisión depende de su capacidad para generar nuevos ciclos. Partiendo de tales consideraciones, Hellinga reconstruye un modelo aplicable al siglo xv, que utiliza ejemplarmente en el caso de las *Facetiae* de Poggio Bracciolini (Apéndices 1 y 2).

Dedicado a Luigi Balsamo, la segunda contribución, «El texto y la impresión en las primeras décadas de la imprenta», estudia la repercusión de la prensa de dos golpes en la evolución del trabajo tipográfico [A. Ganda & E. Grignani, eds., *Libri, tipografi, biblioteche: Ricerche storiche dedicate a Luigi Balsamo*, Florence: Olschki, 1997, págs. 1-23]. La cuestión de los impresos en cuarto y en medio pliego ya había llamado la atención de los bibliógrafos: Jeanne Veyrin-Forrier se había ocupado de la transición en los métodos de imposición en cuarto en algunos talleres parisinos entre 1477 y 1478. Las investigaciones sobre un impresor holandés activo en Gouda en 1477 y 1484, Gheraert Leeu, al que se suman algunos trabajos sobre impresores romanos, llevan a Hellinga a las mismas conclusiones. Los primeros impresos recurren al medio pliego mientras que a partir de 1480 las ediciones en cuarto revelan la transición hacia un nuevo «hardware». Hellinga ha dedicado particular atención a este impresor holandés, como podemos apreciar en el artículo «Gheraert Leeu, impresor de “Los viajes” de Marco Polo» [F. Hendrickx et alii, *E codicibus impressisque: Opstellen over het boek in de Lage Landen voor Elly Cockx-Indestege*, Leuven, 2004, págs. 309-328]. Aquí examina el manuscrito del médico Giovanni Marcanova y su papel en la impresión del *Libro de las maravillas del mundo*. Aun sin mostrar

marcas evidentes de un empleo tipográfico, el texto parece extraordinariamente cercano a la versión impresa, de la que reproduce muchos errores.

La siguiente propuesta nos introduce en el taller tipográfico a través de «Cajistas y editores: algunos aspectos de la preparación de textos para la imprenta en el siglo XV» [*Gutenberg-Jahrbuch*, 2000, págs. 152-159]. Muchos son los casos que aquí se consideran, aunque el más emblemático nos parece el problema del manuscrito de la *Morte Darthur* de Thomas Malory empleado en el taller de William Caxton, una obra capital de la literatura inglesa tardomedieval.

Sobre la base de la definición de libro dada por Schmidt, resulta evidente que son dos los aspectos bajo los que puede ser considerado: como producto de masas —y en tal sentido primará la consideración de criterios como el número de ediciones, la cantidad de ejemplares vendidos, el ámbito de difusión, los lectores, las reacciones del público—, y como objeto concreto, único e individual, en cuyo análisis juega un papel decisivo la consideración del lector aislado, de aquel que ha leído ese preciso ejemplar con su propia interpretación subjetiva, del que lo ha estudiado, lo ha adquirido y lo ha conservado. De esta aproximación se deriva que, en el estudio del libro, no debe nunca agotarse el interés por quienes lo han compuesto, corregido, impreso, plegado, encuadernado y coleccionado, leído o estudiado. El cajista, el paciente trabajador encargado de alinear los tipos metálicos, es la figura clave de todo el proceso. El conocimiento de todas las fases previas a la impresión, facilitado por la identificación del manuscrito empleado como original de imprenta, nos permite la comprensión más completa posible de la página impresa, revelándonos tanto los elementos de continuidad como la variación y las innovaciones respecto al modelo original.

Los estudios de naturaleza técnica que recorren como un *fil rouge* el trabajo de Lotte Hellinga sobre los incunables, hallan un rico testimonio en las páginas dedicadas a «Peter Schoeffer y su modelo organizativo: una indagación bibliográfica sobre los procedimientos de un protoimpresor» [Gunilla Jonson, ed., *Biblis Yearbook*, 1995-1996, Stockholm: Foreningen for Bokhantverk, 1997, págs. 67-106]. A través de ejemplos concretos, que tienen la virtud de implicar al lector, casi en calidad de «espectador y testigo directo» de las primeras experiencias de arte tipográfica, Hellinga imparte otras tantas lecciones de método, estilo, análisis y enorme eficacia didáctica. Aquí se trazan las principales configuraciones culturales sobre las que se apoyan nuestros conocimientos, se acredita una ciencia del libro que atesora lo mejor de la bibliografía enumerativa, textual y descriptiva mostrando un cuadro a veces complejo, pero siempre presentado con claridad magistral.

Las cuestiones sujetas al concepto de edición crítica y a la dificultad de establecer una *redactio*, se abordan en la sexta contribución, «La edición de textos en los primeros quince años de la imprenta» [D. Oliphant & R. Bradford, eds., *New Directions in Textual Studies*, Austin, TX: Harry Ransom Humanities Research Center, U.T., 1990, págs. 127-149]. El caso de las *Epistolae* de san Jerónimo es un ejemplo excepcional de corrección del texto llevado a cabo en la imprenta maguntina de Peter Schoeffer en 1470. La existencia de dos emisiones nos ha permitido apreciar aspectos inéditos de este prototipógrafo, que ni siquiera descuidó los intereses comerciales de su empresa estableciendo una densa red mercantil.

Si la historia de la recepción orientada sociológicamente se ocupa de la relación entre el libro como producto de masas y el lector como consumidor masivo, la investigación sobre la recepción del libro orientada individualmente estudia el libro concreto, el lector concreto y la relación que se establece entre los dos. Ambas orientaciones no tienen otra posibilidad que la de complementarse mutuamente. Tentativas en tal sentido son evidentes en las investigaciones de Hellinga. Así como permanece idéntica la sustancia del libro ya sea en su forma de *codex manuscriptus* que la de *codex impressus*, también es idéntico, considerando los efectos, el papel del libro tanto manuscrito como impreso. En todos los periodos —y los ha habido bien distintos entre sí—, se han producido efectos cuyo origen está en los libros; solo que antes de la invención de la imprenta no se percibía tan marcadamente un problema de masas.

Y es así que, página a página, se va conformando un mapa de la tipografía de los orígenes, aquellos primeros decenios que constituyen el núcleo de las investigaciones de Lotte Hellinga y que por fin comenzamos a comprender y a considerar con nueva luz, esa luz que cambia como un quiebro copernicano el punto de vista y, por tanto, nuestro conocimiento: «Facts placed in relation to other facts assume a different shade in their coloring because they are observed and may have to be interpreted in a new light», [Hellinga 1998, 402].

Ya en el siglo IX, en Bizancio, el patriarca Focio había lamentado «la costumbre, cada vez más acusada, de arrastrar obras útiles a la ruina de la inutilidad». Por conjurar este riesgo, quisiera dedicar a Lotte algunas palabras que resumen de manera sublime el trabajo del bibliotecario, el mismo que ella ha desempeñado durante muchos años en la British Library, logrando prolongar la tradición de los grandes incunabulistas de los albores del siglo XX. Son las palabras con las que Paul Groussac, maestro de Jorge Luis Borges, glosaba el *Catálogo Metódico* de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires en 1893: «Humildes depositarios de las riquezas intangibles, perdemos nuestro tiempo en inventariar tesoros que no alcanzan aprecio en el mundo vulgar. Consolémonos con saber que solo los desdeñan aquellos que no los pueden valorar. Felizmente, la labor al parecer más estéril encierra una virtud y trae consigo su recompensa, sin necesidad de extraña intervención [...] Después de todo, ¿quién sabe si no he elegido la mejor parte; si estos hipogeos del espíritu humano no sugieren la recta solución de la vida al que la busca sinceramente; y si, muy por bajo de la ley moral, de la familia y de la patria —que son facetas de la sola verdad externa—, no es cierto que la cultura intelectual sea la menos vana de nuestras ilusiones?».

## REFERENCIAS

- BARBIERI, Edoardo, *Il libro nella storia. Tre percorsi*, Milano, C.U.S.L., 2000.
- BARKER, Nicolas, ed., *A Potencie of Life: Books in Society, The Clark Lectures 1986-1987*, London, The British Library, 1993.
- HELLINGA, Lotte, «A meditation on the Variety in Scale and Context in the Modern Study of the Early Printed Heritage», *Papers of the Bibliographical Society of America*, 92 (1998).
- MCKENZIE, Donald F., «Printers of the Mind. Some Notes on Bibliographical Theories and Printing House Practises», *Studies in Bibliography*, 22 (1969). Trad. italiana, Milano, Sylvestre Bonnard, 2003.
- PETRUCCI, Armando, «Fra conservazione ed oblio: segni, tipi e modi della memoria scritta», *Discorso tenuto per i 120 anni dell'Istituto Storico Italiano per il Medio Evo*, Roma, 27 giugno 2003. <let.unicas.it>.

## EX BIBLIOTHECA GONDOMARIENSI

### MARCAS MANUSCRITAS POSTALES EN LA REAL BIBLIOTECA

Fernando ALONSO GARCIA (Real Academia de la Historia)

Resulta imprescindible como comienzo de este artículo sobre marcas manuscritas postales —un aspecto fundamental para comprender el funcionamiento del correo pese a ser poco conocido y estudiado—, mencionar la importancia de este medio de transporte en el entendimiento de nuestro pasado histórico y su trascendencia para la vida desde el siglo XV hasta el XIX.

No solo las relaciones comerciales, sino el funcionamiento de las instituciones civiles y religiosas, como las Universidades, tanto las de enseñanza como las comerciales (conviene recordar la importancia de los Consulados de Mercaderes, de Bilbao y Burgos, con sus propios correos), la Iglesia, además de las relaciones familiares y el caudal de documentos generados por las administraciones de cada país y por los derivados de las relaciones internacionales, es decir, todos los aspectos de la vida social y administrativa, se sustentaban en el correo. Una dependencia que hace aún más incomprensible la falta de estudios históricos sobre su funcionamiento que ha persistido hasta la actualidad.

En la Real Biblioteca se custodia un valioso fondo de correspondencia donde resulta fácil estudiar y comprender el significado de los textos y grafías relacionados con el correo y su funcionamiento. No es posible en una aproximación general relacionar toda la riqueza conservada en la colección epistolar de Palacio pero procederé a la elección de muestras representativas que sirven para dar idea de cuánto queda por analizar.

Para facilitar la comprensión entre los lectores no familiarizados con la tipología de estas marcas, es conveniente distribuirlas en dos apartados: porteos y otras marcas manuscritas postales.

#### I. PORTEOS

Sin duda la marca manuscrita postal más importante es el porteo, verdadero precursor de los sellos de correos durante un periodo de tiempo muy cercano a los cuatro siglos. Desde 1461, en que se data la primera carta con porteo de «10 d» (dineros), hasta el 1 de enero de 1850, fecha de emisión del primer sello adhesivo de Isabel II, la cantidad que debía abonarse por el transporte entre origen y destino de un documento, es decir, el porteo, se reflejaba con importes manuscritos en los sobrescritos.

En la actualidad, cualquier carta recibida por correo normal tiene en el sobre cuatro parámetros definitorios: origen, destino, fecha de circulación (reflejada en el matasellos) y sello adhesivo. Lo mismo ocurría hace ciento cuarenta y seis años, como puede comprobarse en la carta, entonces sobrescrito, circulada el 23 de noviembre de 1860, entre Astorga y Ortigosa (de Cameros), vía Logroño, cuyos cuatro parámetros son, origen: Astorga; destino: Ortigosa; fecha de circulación: 23 de noviembre de 1860 (reflejada en el matasellos); sello adhesivo: cuatro cuartos de Isabel II de 1860. [Figura 1, colección Fernando Alonso].



Figura 1

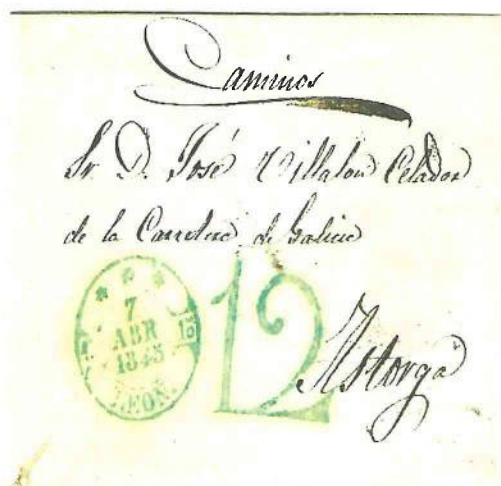


Figura 2

#### PORTEOS DE TAMPÓN O CUÑO

Si nos retrotraemos tan solo quince años más, hasta 1845, y se analizan las cubiertas de los sobrescritos, resulta patente la aparición de una primera diferencia. Las cartas expresan igualmente origen, destino y fecha de circulación, pero falta el sello adhesivo.

vo; en su lugar figura un número puesto con tampón o cuño. Puede decirse que este número, que llamaremos porteo, realiza la misma misión que el sello de correos, del que es claro antecedente.

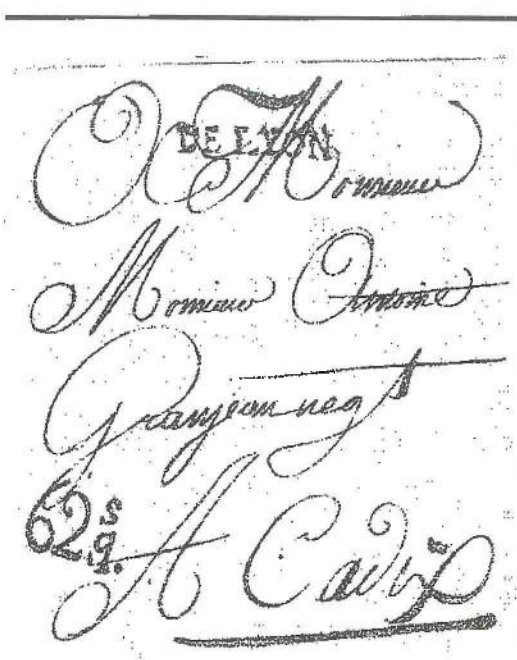


Figura 3

En la cubierta del sobrescrito circulado el 7 de abril de 1845, entre León y Astorga, se pueden localizar sus cuatro parámetros definitorios, origen: León; destino: Astorga; fecha de circulación: 7 de abril de 1845 (reflejada en el matasellos); sello adhesivo, sustituido por el número 12, de color verde, el porteo. Todo es exactamente igual que en una carta actual, sin más que sustituir el sello por el porteo. [Figura 2, colección Fernando Alonso].

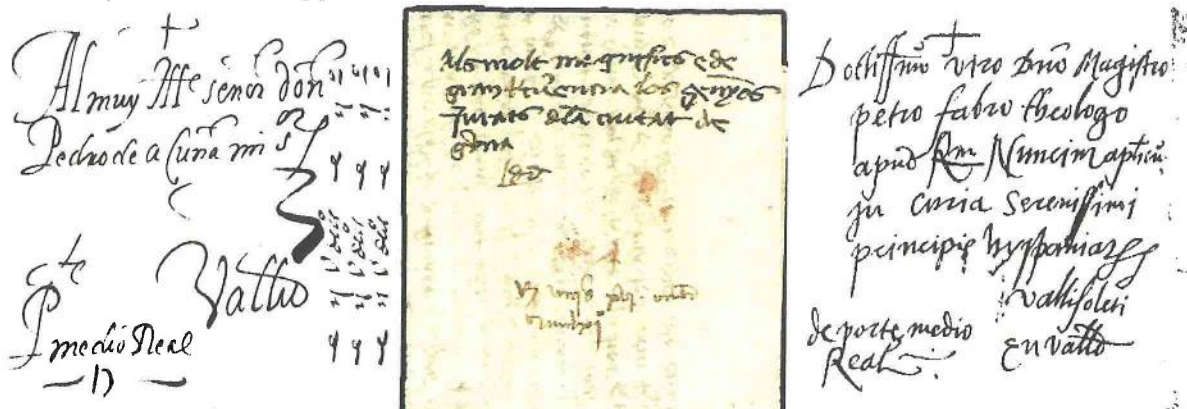
El porteo de cuño más antiguo de España del que tengo noticia está datado en 1756. Corresponde a un sobrescrito circulado entre Lyon y Cádiz, con un porteo de 62 cuartos, en aplicación correcta de la tarifa de 16 de junio de 1754, establecida en la provincia de Cádiz, para cartas procedentes de Francia y del norte de Europa. [Figura 3, tomada de M. Chauvet 2002].

Dentro de la más estricta lógica debe suponerse que la normativa estuviese vigente desde la fecha de su promulgación, lo cual permite esperar que pudieran aparecer cartas anteriores a la comentada de 1756 con porteos de tampón o cuño en la cubierta.

El importe lo pagaba siempre el destinatario en el momento de recoger la carta, en la última oficina de correos del recorrido. Se porteaba —es decir, se ponía el cuño con el importe del porteo en el sobrescrito—, en la administración principal de la que dependía la población destino de la carta. Ese fue el criterio hasta el mes de agosto de 1845. A partir del 1 de septiembre de 1845, las cartas se portean en origen o en la primera administración del recorrido que disponga de porteos.

#### PORTEOS MANUSCRITOS

Ofreceré ahora algunos ejemplos de porteos manuscritos procedentes del siglo XVI. Si se observa la cubierta del sobrescrito circulado el 23 de mayo de 1586, entre Sevilla y Valladolid, solo se puede comprobar el destino, Valladolid, y el porteo manuscrito, «Porte medio real». [Figura 4, RB II/2141, carta 30]. Para completar los otros dos parámetros, origen y fecha, resulta imprescindible recurrir al texto.



Figuras 4, 5 y 6

Hasta el mes de octubre de 2004 el porteo manuscrito más antiguo contrastado era el incluido en la cubierta de una carta circulada el 12 de mayo de 1547, entre Úbeda y Madrid, con porteo manuscrito en el ángulo inferior izquierdo, como era habitual, de un real. Por entonces pude comprobar la existencia de un sobrescrito circulado el 16 de octubre de 1461, entre Barcelona y Gerona, con porteo manuscrito de «10 d» (dineros). Se trata de la más antigua y primigenia marca manuscrita en cubierta de signo indudable de circulación por correo que conocemos hasta la fecha. [Figura 5, Colección Antonio Cuesta].

Un comentario especial por su importancia merece el porteo manuscrito en la cubierta de la carta, custodiada en la Real Biblioteca, circulada el 13 de septiembre de 1545 entre Colonia y Valladolid, con importe de medio real, [figura 6, RB II/2408, fol. 49v]. Es el primer porteo en una carta que circula en parte de su recorrido dentro de la Península, sin estar circunscrito a Cataluña, como ocurría con el anterior, pues el correo en la zona catalana en 1461 no funcionaba de manera análoga a la del resto de España. El porteo fue puesto en España, como se deduce de su redacción en castellano y el uso del real como moneda de referencia. Probablemente se escribió en el momento de tomarlo el correo español. Es razonable suponer que fue en Burgos o en Irún.

Al contrario de lo indicado en el caso de los porteos de tampón, el importe se escribía en origen y lo pagaba siempre el remitente.

## II. OTRAS MARCAS MANUSCRITAS POSTALES

Los fondos epistolares de la Real Biblioteca ofrecen una importante cantidad de marcas manuscritas. Me referiré únicamente aquí a algunas de las que aparecen en la correspondencia del conde de Gondomar, y, como en el apartado anterior, las subdividiré en franqueos previos (tanto por dibujo como por texto) y marcas postales significativas del funcionamiento del correo.

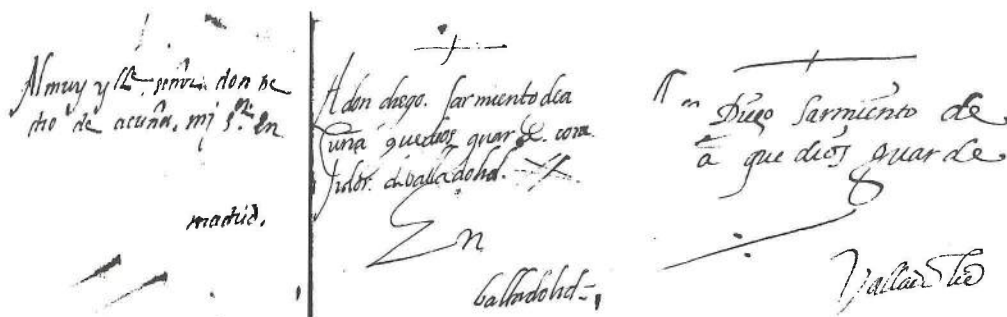
### FRANQUEOS PREVIO POR DIBUJO Y TEXTO

Aunque hasta mediado el siglo XIX, como ya se ha indicado, el importe del coste por transportar cartas se pagaba en destino —porte debido— ya existía la posibilidad desde el siglo XVI de pago en otra población del recorrido, generalmente en origen, una modalidad que llamamos franqueo previo. Cuando en el ángulo inferior izquierdo de la cubierta del sobrescrito se anotaba un texto o se representaba una grafía como indicación de que ya se había pagado el porte con anterioridad, a ese trazo se le considera marca manuscrita de franqueo previo. Su consideración es exactamente la misma que la de las cartas actuales con sello adhesivo pagado en el momento de su adquisición. Existen dos posibilidades de indicación en cubierta del pago previo, que se han llamado franqueos previos por texto y franqueos previos por dibujo.

El concepto de franqueo previo por texto no necesita explicación complementaria de su significado, ya que lo indicado en la nota manuscrita en las cubiertas de las cartas, «portes pagados» o cartas «francas», resulta suficientemente claro en lo que respecta al pago en origen del envío.

Es muy distinto si en lugar de textos lo que se refleja en las cubiertas son grafías o dibujos, que, según nuestros estudios, comenzaron a utilizarse en España a lo largo del siglo XVI —aunque en Italia ya se conocían en el XIV— para hacer patente al destinatario que ya se había pagado el porte de la carta.

Comenzó su uso con dos sencillas líneas paralelas manuscritas, salvo raras excepciones siempre en el ángulo inferior izquierdo de la cubierta, con añadidos de adornos en algunos casos y el recurso a otros dibujos diferentes, hasta desembocar en dos pares de líneas paralelas cruzadas, representaciones todas que podían convivir simultáneamente en el tiempo. A lo largo del siglo XVII y en el XVIII, llegaron a utilizarse trazos manuscritos cruzados, como el habitual en las cartas certificadas, uno solo en el ángulo inferior



Figuras 7, 8 y 9

izquierdo de la cubierta, para terminar con un aspa cruzada que abarca toda la cubierta, de uso habitual hasta el siglo XIX, y aún vigente en algunas localidades.

En la carta procedente de la correspondencia de Gondomar circulada el 15 de enero de 1573 entre Granada y Madrid, puede comprobarse la existencia de dos líneas paralelas como indicación de franqueo previo por dibujo. [Figura 7, RB II/2141, carta 8].

La cubierta de la carta circulada en 1603 en el interior de Valladolid incluye líneas paralelas cruzadas, otra muestra de franqueo previo por dibujo. [Figura 8, RB II/2106, carta 59].

Una línea oblicua decorada, como franqueo previo por dibujo, incluye la carta circulada el 26 de julio de 1593 entre Villagarcía de Campos y Valladolid. [Figura 9, RB II/2207, carta 56].

### TESTIMONIOS DEL FUNCIONAMIENTO DEL CORREO

De entre las cartas del conde de Gondomar que reflejan datos sobre el funcionamiento del correo, se ofrecen aquí tres muestras representativas por incluir vestigios importantes relativos al transporte de cartas o mercancías vigentes en el siglo XVI.



## ORDINARIOS

Son los correos que llevan la correspondencia entre dos poblaciones siempre fijas y conocidas, de ahí su nombre por oposición a los extraordinarios o correos menores, que las transportan entre cualesquiera localidades. En carta circulada el 3 de octubre de 1571 entre Madrid y Valladolid, se alude en la primera línea del texto al «ordinario pasado», lo que confirma el funcionamiento ya en 1571 de ese servicio entre Madrid y Valladolid. (RB II/2141, carta 51)

## PROPIOS

Es la persona que expresamente se envía de un punto a otro con carta o recado, según el *Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española*. También se consideran propios, aquellos que tengan definido el oficio, raza, profesión, dependencia social, relación familiar, cargos y demás. En la correspondencia del conde de Gondomar se citan propios con frecuencia. Un ejemplo nos los brinda la carta circulada el 6 de mayo de 1602 entre Zamora y Valladolid (RB II/2106, carta 118). En la tercera línea del texto se indica que el portador es el arcediado de Zamora.

## ESTAFETAS

Son un servicio para llevar correspondencia, habitualmente portada por ordinarios, que hace recorridos entre poblaciones conocidas, en días prefijados y abierta a particulares.

Supuso un cambio fundamental para la transmisión de la información entre particulares, que desde su creación comenzaron a usarlo, con mayor frecuencia a medida que pasaba el tiempo y los años de funcionamiento.

Hasta muy recientemente, algunos estudiosos han considerado a Voz Brando como su creador en 1610; otros juzgan que la primera estafeta se estableció con Italia en 1580. La realidad documentada en el Archivo General de Simancas es el funcionamiento, en 1565, de la estafeta de Irún.

Se cita la estafeta entre Madrid y Valladolid en la carta procedente de la correspondencia del conde de Gondomar circulada el 22 de agosto de 1584, con origen y destino en las citadas poblaciones (RB II/2207, carta 10). Esta data adelanta en más de dos años la más antigua conocida hasta la fecha de Valladolid, 26 de febrero de 1587.

Mucha es la información que el fondo de la correspondencia del conde de Gondomar conservada en la Real Biblioteca proporciona al estudio del correo en la España Moderna. Baste la muestra recogida en este artículo para reconocer su importancia como fuente de la Historia Postal, materia ineludible para el conocimiento de nuestro pasado.

## BIBLIOGRAFÍA

ALONSO GARCÍA, Fernando, *Porteos y Cartografía en la Prefilatelia Española*, Cuadernos de Filatelia, Federación Española de Sociedades Filatélicas, Madrid, Gráficas Alber, 2000.

—, *El Correo en el Renacimiento Europeo. Estudio postal del Archivo Simón Ruiz (1553-1630)*, Fundaciones Albertino de Figueiredo para la Filatelia y Museo de las Ferias, Medina del Campo, Madrid, Gráficas 82, 2004. [En págs. 146-158 se ofrece la tipología de las marcas identificadas como franqueos previos].

—, «La Estafeta de Irún ya funcionaba en 1565», *Crónica filatélica*, XII, 233 (junio 2005), 56-59.

—, «Porteos y Cartografía en la Prefilatelia», *Academus*, VI, 9 (2005), 15-27.

—, *Marcas Manuscritas Postales Españolas, siglos XV-XVIII*, Discursos Académicos, Real Academia Hispánica de Filatelia, Madrid, Gráficas 82, 2006.

CHAUVET, Michèle, *Les Relations de la France avec l'Espagne de 1660 a 1849, La Poste Internationale*, tome 2, Paris, Editions Brun & Fils, 2002.

## PAN DE ANGELES

PABLO ANDRÉS ESCAPA

A los buenos oficios de Melquiades Brañuela, jefe de cocina de la Compañía Transatlántica de Barcelona, y, según cierta prosa apasionada, valedor de la grafía *consommé* frente a sopa en las tarjetas de menú distribuidas a bordo, debemos el episodio que ahora se divulga. Entiéndase lo de buenos oficios en su contexto, que fue el de una nochebuena del año de 1900 a la altura del golfo de Martabán. Y no se descuide la sospecha de que una inspiración sobrenatural lo guiara en su afán por hacer cierta la filacteria, tan enredada en ángeles pascuales, que predicaba paz en la tierra sobre una pared del comedor.

Brañuela, cuyos *Menudeos filipinos* (1899) aún concilian en el asombro al antropólogo, al espiritista y al mero buscador de literatura evasiva, navegaba aquel año al frente de los fogones del vapor *Isla de Luzón* administrando especias y encurtidos, bujías y útiles de hoja de lata, fresco y menudencias con exquisita economía. Los testimonios del pasaje coinciden en celebrar su sobria mano a la hora de esculpir borduras comestibles en las fuentes y la condición de adalid de una escuela culinaria, hoy añorada, naci-

da de la franqueza. «Clarificar, señora mía, un *consommé* es ponerlo claro», recuerda esta admonición la baronesa Milita Redonet en las nostálgicas páginas de *La mar salada* (1910). A la baronesa, comensal asidua del *Isla de Luzón* en la derrota de Manila y mujer sensible a los secretos del alma, le conmovían las maneras directas, quizá bruscas, del jefe de cocina y su justo punto de afrancesamiento en la redacción del plato del día, un hábito, juzga ella, encubridor de una naturaleza nada simple y acaso torturada. En apoyo de esta conjetura, nos cuenta también que Melquiades, al frente de la cocina flotante que regía con mano de hierro, había hecho grabar como divisa rectora de sus oficios la consigna «*¡Propreté!, ¡Propreté!*».

Según lenguas exaltadas por el viaje asiático, Melquiades fue atinadísimo catador de fruta exótica, que oportunamente admitía en el menú de *premier ordre* para regocijo de la baronesa y otros selectos paladares abiertos a la exploración. Entre *balotines de volaille* y huevos a la zapatera con zócalo de miga, algo se le escurre a Milita de la bibliofilia de Brañuela («manía de leer todo lo que encontraba», tiene a bien la autora resolver para el profano). Digamos que como tantas recetas soñadas, la biblioteca de Melquiades Brañuela tuvo un soberbio fin y acabó siendo del mar, que es como decir de la memoria fabulosa.

Las atribuidas devociones exóticas y las ciertas bibliográficas llevaron al cocinero mayor de la Transatlántica a visitar Londres con frecuencia. «Por aquellos años —evoca una Redonet orgullosa en su condición privilegiada de testigo— convivían en la ciudad del Támesis, como naturales de un mismo suelo, la pulpa sedosa del mangostán y el *Libre del Coch* del maestro Robert, que otro maestro de los fogones, Melquiades Brañuela, se empeñó en adquirir pese a mis advertencias contra la pobre limpieza del ejemplar, notablemente pringoso y lleno de apuntajos».

El Doctor Thebussem, en carta dirigida al conde de las Navas cuando éste era bibliotecario de Su Majestad, duda del testimonio de la baronesa Milita. Tras un apremiante *Fiat iustitia* a modo de encabezamiento, no vacila en sostener que la dama estuvo ausente de la tienda del anticuario, al tiempo que postula que el libro adquirido por Brañuela hubo de ser un rarísimo superviviente de la edición barcelonesa de Carlos Amorós. Traicionado por sus gustos culinarios, Thebussem sazona la carta de apetecibles condimentos que acaban por componer un texto sabroso en demasía, sin duda tentador para el paladar del bibliotecario real. En definitiva, el Doctor Thebussem guisa para el conde de las Navas la noticia de un dudoso ejemplar de cincuenta y siete folios, impreso en 1520, y con márgenes poblados de noticias procedentes de algún manuscrito de Sancho de Jarava, trinchante mayor de don Juan II de Castilla. Con no menos imaginación concluye denunciando que la baronesa había de estar perdidamente enamorada de Melquiades, dado el afán por «clarificar» —*sensu notato*— la librería del amado de turbias compañías bibliográficas.

Ya es hora de decir que ni la memoria de la baronesa ni la erudición del Doctor Thebussem —que inventa el episodio por el simple gusto de erigir un libro curioso— hacen justicia a la personalidad de Melquiades Brañuela. Y si la librería que reunió al amparo de sus navegaciones hubiera de ser noticia de su alma —según ha pretendido ingenuamente cierta página del anuario *Fogón a Flote*—, mucho nos tememos que acabaríamos sumidos en otro caldo vistoso pero inútil. ¿Cómo comulgan —nos preguntamos— las elaboradísimas composturas de Ruperto de Nola, el *Epubulario* de Rosselli, las ollas reverendas que Marx Rumpolt sometía al paladar de la reina de Dinamarca y la canela que corre a espuestas por *Le Pâtissier pittoresque* con la única declaración culinaria que podemos atribuir sin sospecha de falsedad a Brañuela? Y la sentencia es tan reveladora de la desnudez —verbal y culinaria— practicada por el cocinero que el lector podrá deducir por su cuenta cuán lejos está Brañuela de la lujosa biblioteca por la que se le juzga. «Nuestra mayor aportación a la cocina ha consistido en engañar el hambre llenándose de orgullo». Esto lo dijo Melquiades a bordo del *Isla de Luzón* un veinticuatro de diciembre de 1900. Y con tal proclama vino a zanjar una disputa muy agria entre dos comensales que le resultaba particularmente molesta en fecha tan evocadora de paz universal.

La memoria de esta anécdota, que juzgamos más acorde con la verdadera naturaleza de Brañuela —la que puede reconocerse entre líneas de *La mar salada*, cuando la baronesa baja la guardia de su imaginación frívola—, se debe a un oscuro viajero que cenaba solo en la mesa vecina de los disputadores. Nos dice el testigo que fue recién apurado el caldo —y nótese que ni siquiera la fecha sagrada sirvió de excepción al menú más depurado de Brañuela, pero citado en esta fuente por el nombre que probablemente él le daba—, cuando surgieron las voces opuestas. Un vizcaíno y un malagueño disputaban sobre la geografía más virtuosa de España a la hora de comer cumplidamente. Y lo hacían con un apasionamiento —se nos dice— «que daba risa, si no fuera porque había cuchillos afilados sobre el mantel». Vino a poner orden en el comedor el propio jefe de cocina, que se acercó desanudándose el delantal y descubriéndose de gorra marinera. Tras dar un manotazo en la mesa que hizo vibrar la cristalería, anunció que el único que opinaba de alimentación a bordo era él. El vasco hizo por levantarse pero Brañuela lo sentó de un empujón. Los grandes cocineros, ya se sabe, siempre se distinguieron por su vena colérica. Nuestro testigo, en ese momento, se sirvió un vaso de agua y se acomodó de medio lado por mejor contemplar la escena, que acaso ya consideraba digna de anotarse.

Brañuela pronunció entonces su sentencia ecuménica, que hermanaba a todas las cocinas de España a la hora de engañar el hambre y de disfrazar la necesidad con orgullo. Y añadió que en ese acuerdo llevábamos ventaja a todos los pueblos, que venía de muy atrás el hábito. Todo el comedor guardaba silencio. Entraba el sonido del mar por alguna claraboya abierta y el cielo índico estaba lleno de estrellas que parecían también suspensas de las modestas zozobras que se desenvolvían a bordo del *Isla de Luzón*. «De manera —prosiguió Melquiades— que no viene al caso discutir qué villa ni qué plaza de la lejana España se sirve mejor del agua y del pan de cada día, que todas andarán parejas en jurar que su agua es la que mejor consuela y su pan el de más regalo al paladar. Y mucho menos en noche como ésta, que es del misterio».

Tales son las palabras que el atento vecino de mesa atribuye a Melquiades Brañuela la nochebuena de 1900. Y poco parecerán,

la verdad, cuando se ha sembrado el camino previamente de un singular interés por episodio a la postre tan nimio. Pero el caso es que no han faltado voces autorizadas en la «clarificación», diríamos, de este extraño discurso. Voces como la de don Marcelino Menéndez Pelayo, que apela a la celosa observancia española de la vigilia como trasfondo del pasaje. ¿Qué mejor consuelo para engañar el hambre que empacharse de virtud y redención un año y otro?, viene a decirnos nuestro intérprete de letras heterodoxas más universal. Porque don Marcelino, sobrepuesto acertadamente a las impresiones mundanas de la baronesa —refutada hasta con júbilo en una epístola a Valera—, tiene a la cocina de Brañuela por quintaesencia de los valores nacionales representados más por la precariedad que por la *propreté*. Con todo, el erudito montañés se engaña en el alumbramiento del pasaje. Digamos en su defensa que conocía las palabras de Brañuela no por el testimonio del vecino de mesa que hoy recuperamos, sino por el parte de incidencias del propio cocinero, redactado a petición del contramaestre, un documento conservado hoy en el Archivo del Museo Marítimo de Barcelona. Brañuela fue parco y cierra su informe diciendo que tras su breve discurso quedaron los ánimos de los comensales dispuestos para continuar la cena con el espíritu fraterno que cabe exigir en la noche que nació nuestro salvador. Pero hubo más que esa restauración moral a costa de vindicar frugales alimentos que don Marcelino corrió a interpretar católicamente. Hubo palabras más largas, y acaso tocadas por la gracia, que debemos al discreto bebedor de agua que cenaba solo a bordo del *Isla de Luzón* aquella nochebuena.

«El andaluz y el vasco no acababan de conciliarse ni por el buen sentido de ir juntos contra el cocinero que les obligaba a seguir escuchando sentados. Y por amigar pueblos y no consentir mesas rivales en un comedor tan del mundo, la palabra de Melquiades acabó buscando el apólogo», se nos cuenta en esta inesperada prolongación del parte de incidencias. Por lo visto, el cocinero dejó caer sobre los manteles uno de esos ejemplos que ofrece la historia para edificación de las pequeñas miserias cotidianas. Elevando la voz para que oyeran todos los comensales, anunció una historia que venía escrita a mano en la guarda de un antiguo diccionario inglés de su propiedad. El ejemplar, como el resto de la biblioteca de Melquiades Brañuela, es texto submarino desde 1910 por causa de un tifón aún recordado en el mar de China. Pero así es como viene a saberse que el agua y el pan airadamente citados no son vigilia de un viernes de precepto, sino el recuerdo de la triste ración que un grupo de prisioneros españoles, náufragos de la Armada Invencible, se repartían una Navidad de 1588 en la Torre de Londres.

Allí compartían oscuros presagios, según la nota del diccionario, un Pedro Díaz, natural de Toledo, y un Enrique Maldonado, de Granada; un don Payo Paiva de nación gallega y un licenciado Gil, de Alcalá; un Pascual de Salamanca y un tal Guzmán Luengo, maragato, y así hasta medio centenar de cautivos. Todos contendían en mostrarse satisfechos con su suerte por no ceder en la humillación ante el enemigo que los había ya doblegado sobre el mar. Se confiaba en cartas enviadas a España que debían procurar ducados redentores y en figurarse el abrazo familiar, los paisajes recobrados y el banquete del regreso. Para negar el hambre se llegaba a prescindir del aborrecible pan arrojado desde una portilla. La humedad que criaba sapos y el aire de hielo se templaban con diálogos cortesés, de tanto mérito en aquellas circunstancias, que llamaron la atención del señor Richard Percyvall, secretario de la Corte de visita en la Torre.

Percyvall era hombre familiar de las letras españolas y lo empeñaba por aquellos días la escritura de un diccionario que diera a conocer en Inglaterra la lengua del enemigo. Tan apacible le pareció el tono de las conversaciones que le llegaron a través de una tronera, que quiso poner las mismas cortesías por escrito y llenar páginas de su diccionario con la vida que parecía sobrarles a los prisioneros. Tenía el inglés ya apartadas alegrías procedentes de la *Diana* de Montemayor y pesares de Lázaro de Tormes, sabidurías de Marco Aurelio y violencias de Ercilla pero ninguno de esos graves ejemplos le pareció de tanta frescura y tan gran verdad al oído como los coloquios que traspasaban el muro: «¿Tenéis frío, don Pedro?» —preguntaba uno—. «Un cerceganillo entra por la ventana que corta las narices», volaba la réplica. Y de otra parte se alzaba una voz para saber: «Y la merced de don Guzmán, ¿qué es lo primero que hará en tornando a España?». «Lo primero —se daba por respuesta— ir a la iglesia, que por oír misa ni dar cebada, no se pierde la jornada».

Es de creer que el señor don Percyvall quedara no menos impresionado por los admirables coloquios salidos de la mazmorra que los comensales del *Isla de Luzón* al oír el caso trescientos años después. Y eso que la noche estrellada en la bahía de Martabán, con sus guiños de hogueras en las playas, el cielo sereno y los tambores invisibles que trae la brisa, parece hecha para esperar milagros. Pues milagro había de ser lo que escribe nuestro bebedor de agua, que el pasaje, habitualmente bullicioso ante la mesa, había dejado de comer porque todo eran oídos atentos a la suerte de aquel cautiverio remoto que iba contando el cocinero. De fiarnos del comensal solitario, acaso más sensible a las emociones del ánimo por esa condición huérfana en noche creada para compartir mantel, el vasco y el malagueño casi se miraban entre lágrimas cuando Melquiades dejó correr jornadas sin que llegara rescate y pasó a la parte de la relación donde se decía que, de orden de Su Majestad la reina, se echaran suertes entre los prisioneros para ahorrar a los cinco que peor la tuvieran.

Melquiades no ahorró los nombres condenados pero los fue administrando entre silencios. Allí, delante de las inútiles tazas de caldo, sonaban los Alonsos y los Giles, los Guzmanes y los Pedros como viejos amigos a los que acongojaba no poder llevar socorro. A los señalados por el infortunio se les concedía la gracia de un convite a expensas de la corona, que la reina de Inglaterra no quería pecar de inclemencia en Navidad. «Por sembrar discordia general —siguió el cocinero—, a los cinco penados se les brindó un banquete con las ceremonias propias de Italia, la curiosidad de Francia, la abundancia de Inglaterra, la parsimonia de Flandes en las pláticas y un punto de la humedad tudésca en los aliños». Pero los señalados para morir vinieron a dar la razón a Melquiades cuando se negaron a comer de todos esos extremos, tan lejos, dijeron, de la compostura media que se usa en España y en la casa de

cada uno en particular. Y volviendo la espalda al mensajero, tornaron a despedirse de los demás cautivos, pero no con lamentaciones, sino haciendo un coloquio que era como de caballeros amigos, sentados juntos a cenar en buena mesa, un banquete muy sabroso de dichos agudos y, a falta de alimento, muy versado en discutir sazones, órdenes de platos y componendas de ollas, para acabar jugando triunfos a las cartas y un rato después, perdido hasta el dinero del rescate nunca visto por los que arriesgaron más, rehacerse con el reto tentador de una voz que propuso convidar a vino de Toro a quien tosiera, lo cual valió para arrastrar más toses que en un sermón de Cuaresma, y un «¡válame Dios, pero qué resfriados estamos todos!» que levantó una algarada general y trajo a los carceleros hasta la puerta con sus picas de dar golpes en demanda de silencio, una urgencia que no halló conformidad sino cuando otra voz de las del convite dijo que, sin ser su intención, había echado el salero por tierra al tender el brazo para brindar. Por un momento quedaron sueltas unas risas en el aire, como llamas sin dueño prendidas del anuncio, hasta que amainó del todo el fuego nacido del vino ausente. «Caer por tierra es el agüero del cautivo», replicó uno mirando la supuesta sal vertida. «En eso de andar rodando, cautivos somos todos», terminó otra voz con el convite. Junto a la tronera, el señor Percyvall, no se bastaba a recoger ejemplos para su diccionario.

«El silencio que se impuso en la mazmorra dejó al caballero Percyvall con la pluma suspensa del aire», escribe el observador solitario. Y parece que continuara por su cuenta la relación que Melquiades decía haber hallado manuscrita al fin de un antiguo libro nacido para ordenar palabras. «No volvió a bajar la mano al papel —sigue diciéndonos— hasta que de la tiniebla en que paraban las voces de la Torre de Londres llegó otra voz para pedir a don Payo y a don Enrique, y a los demás que habían de resignarse a la horca, que reparasen en la curiosidad de la mesa que habían compartido». Eran las trazas de las servilletas lo que se pedía ver, bordadas con mucha galanura, como redención nueva en medio de los despojos del banquete. «Aquí veo yo una galera que no le falta más que la chusma y palamenta». «A mí me tocó en suerte el escudo de Hércules». «Pues acá se pinta un caballo, tan bien parecido que no ha de ser sino el de Troya», se fueron animando las visiones. Son coloquios ilusionados que pueden reconocerse ahora en unos *Pleasant Dialogues in Spanish and English* impresos en 1599 que ponen broche de oro al *Dictionarie* de Percyvall. «Entonces», prosigue el hombre que cenaba a bordo sin compañía, «hubo una voz que sonó distinta a las demás, como de nuevo mundo, una voz que hubo de arrebatarse todos los ojos hacia su palabra, entretenida en describir con dulcísima música de sílabas una servilleta en la que se veía a un ángel llevando de la mano una cuerda de cautivos. Subían llenos de blancura por una escala coronada de estrellas, y en medio de aquellos albores que parecían cegar en la torre oscura, la aguja había bordado con paso delicadísimo la estampa de un niño dormido, pendiente de la luz que alumbraba el ascenso de los hombres».

Nuestro testigo vuelve al comedor del *Isla de Luzón* para dar otro sorbo al agua y describir el rostro de Melquiades Brañuela tras el discurso. Quiere pintarlo transfigurado, mirando hacia las playas encendidas del mar nocturno. Algunos comensales lo imitan en la búsqueda del horizonte de hogueras. Hay manos que se unen bajo las mesas y miradas de agua. «Sigán con la sopa», pone nuestro mensajero en boca de Melquiades antes de hacerle salir del comedor. Y queda la noche entregada a un regocijo manso de sorbos de cuchara y conversaciones conmovidas.

Esto es lo que cuenta Gabriel Angélico, tal vez Angélico, en una página de su *Libro de las anunciaciones*. De haber estado a bordo aquella noche la baronesa Redonet, es seguro que nos veríamos ahora inundados por otra luz, quizá más clarificadora en lo que respecta a la composición del *consommé* servido. Hemos de resignarnos a esa pérdida. Consolémonos —y no es poco— con haber alcanzado la cita de Angélico, que es escritura extraña de ver, como han de ser los ángeles que comparten cautiverio, o los que por nochebuena cenan solos, casi imperceptibles sobre un mar lejano.

LOS MEJORES DESEOS



DE LA REAL BIBLIOTECA

2007